



Sofía y las buenas acciones

En un pueblo tranquilo rodeado de prados y árboles vivía Sofía, una niña de seis años con un gran sueño: de mayor quería ayudar a la gente de todas las formas posibles.

Una mañana de primavera vio a una vecina intentando arreglar la valla del jardín. Sofía se acercó para ayudar. Con la supervisión de la señora, le fue pasando herramientas y sujetando lo necesario. —¡Gracias, pequeña! Eres muy amable —le dijo la vecina sonriendo.

Aquello la hizo pensar: «¿Y si pudiera hacer algo cada día para ayudar?». Así nació su Jardín de las Buenas Acciones. Decidió plantar una flor por cada gesto amable.

Cada mañana buscaba una manera de ser útil. Un día acompañó al cartero y lo ayudó con unas cartas, con permiso de su familia. Otro preparó galletas con sus padres para agradecer a los bomberos su dedicación.

Por cada buena acción plantaba una flor. Había tulipanes por ayudar a sus vecinos, margaritas por compartir juguetes y rosas por las tardes que pasaba leyendo cuentos con los mayores de la residencia.



El jardín empezó a crecer y a hacerse conocido. Los vecinos venían a admirar las flores y escuchar la historia de cada una. Sofía les enseñó que también los pequeños podían contribuir a mejorar el pueblo.

Un día lo visitó la alcaldesa. Impresionada por su esfuerzo, propuso celebrar el Día de las Buenas Acciones: una jornada para que todos dedicaran un rato a ayudar a alguien.

Con el tiempo, el jardín floreció no solo con plantas, sino también con amistades y agradecimiento. Sofía descubrió que podía empezar a hacer realidad su sueño sin esperar a ser mayor.

Y siguió contagiando sus ganas de ayudar, recordando a todos que una buena acción, por pequeña que parezca, puede hacer crecer la bondad a nuestro alrededor.